

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID. JUEVES 9 DE MARZO DE 1905

NUM. 485



LA MÁSCARA TRADICIONAL

EL SILVELA, DIGO, EL HOMBRE.—¡VEAN, SEÑORES, VEAN! ¡ESTE HOMBRE CADA VEZ HACE MEJOR EL OSO!

JUEVES DE GEDIÓN



Estoy reventado, Gedeón.

—Estoy hecho cisco, Calínez.

—¡Cuatro días siguiendo á una máscara!

—Yo otros cuatro siguiendo á otra.

—Para salir al fin con que era...

—Pues la mía, ¡si tú supieses quién es!

—¿De qué iba vestida?

—De destrozona. ¿Y la tuya?

—De destrozado.

—Entonces forma parte del Ministerio.

—Más que parte; es el todo, como en las charadas.

—¿Y por qué seguías tú á Villaverde?

—Por muy altos y poderosos motivos. Tuve una confidencia.

—¡Hombre, yo también tuve otra confidencia!

—Me contaron en secreto que los mauristas, los datistas y los azcarraguistas aprovecharían el jaleo carnavalesco para secuestrar á D. Raimundo.

—¿Qué horror!

—Y yo, naturalmente, me propuse vellar por su persona.

—¿Y qué querían hacer con él? ¿Sañarlo como á la peseta?

—Algo peor que eso. Se proponían, una vez dueños de D. Raimundo, llevarlo á las Cortes.

—¡Antes se hubiera dejado meter en una jaula de la Casa de fieras!

—Sí; ¿mas de qué le valdrían sus propósitos en cuanto le secuestraran? El *complot* estaba maravillosamente organizado, y gracias á mi constante vigilancia se libró D. Raimundo de un riesgo terrible. En estos últimos cuatro días no le he abandonado un momento. ¡Y figúrate si es carga pesada la de seguir á Villaverde!

—¡Que lo diga D. Rafael Gasset, el empantanado!

—Ayer mismo, y por si aún quedaban máscaras misteriosas en las calles de Madrid, le acompañé á la iglesia á que le pusieran la ceniza. Por cierto que cuando le dijo el sacerdote aquello del polvo, D. Raimundo se ruborizó como un cadete.

—No sería rubor, sino indignación. ¡Mira tú que ser polvo y convertirse en polvo todo un presidente del Consejo de Ministros! Esas cosas nos las deben decir exclusivamente á nosotros los mortales humildes, no á las personalidades tan ilustres como él.

—Bueno; pues, rubor ó indignación, se puso atrozmente colorado y se le cayó la ceniza.

—¿Como á una colilla de puro?

—Exactamente.

—¡Malo, malo, malo!

—A mí también me pareció un augurio siniestro. Pero dime, Calínez: y tú, ¿a quién has seguido estos Carnavales? ¿qué confidencia tuviste?

—Me escribieron de Rusia.

—¿Algún gran duque?

—No, Morote.

—¡Ya tienes papel para renovar todas tus habitaciones!

—Supongo que sería él, aunque la carta no venía firmada.

—¿Y qué te decía?

—Que, según sus sospechas, uno de los principales actores de la tragedia revolucionaria rusa hallábase actualmente en Madrid de incógnito.

—¿Y te propusiste descubrirlo é *interviewarlo*?

—¡Naturalmente!

—Pero ¿no te daba alguna seña de su persona?

—Sí, que era hombre barbudo y de arrogantes andares.

—¿Nada más?

—Nada más. ¡Ah, sí! Que con objeto de que no le echara mano la policía, se había hábilmente disfrazado.

—No eran muchos esos datos para dar con un ruso en Madrid.

—Menos tuvo Silvela cuando fundó su célebre disidencia moscovita.

—También es cierto; ¿y qué hiciste?

—Pensé primero: «¿Quién podrá ser ese personaje revolucionario?»

—¡El pope Gapony!

—¡Claro está! El pope Gapony, ó nadie. Tan pronto se le supone en Ginebra como en Londres, en Viena como en París. Luego no se sabe á ciencia cierta dónde está; y un hombre que no se sabe dónde está, está seguramente en Madrid.

—El razonamiento me parece sumamente lógico.

—Después reflexioné: «¿De qué se puede disfrazar un pope?»

—¡Caramba! esa pregunta te produciría grandes dificultades.

—Ciertamente; pero resolví la mitad de ellos decidiendo que á un pope el primer disfraz que se le podía ocurrir era el de la mujer, ó sea de *popa*.

—Muy bien pensado.

—Gapony, pues, de ser él el personaje revolucionario ruso que, según mi confidencia, andaba por Madrid disfrazado, iba de *popa*.

—¿Y le buscaste en los bailes del Lírico?

—Le busqué por todas partes: en esos bailes, en otros, en la Castellana y en la Puerta del Sol. Bajando de ésta por la calle de Alcalá hacia Recoletos, vi de pronto una destrozona magnífica, y pensé: «¡es él!»

—¿Por qué?

—¿No te he dicho lo de *popa*?

—¡Ah, sí!

—¡Tenía mucho carácter!

—¡Qué feliz encuentro! ¿Y le abordaste?

—Le abordé.

—¿Y te contestó?

—Me contestó; pero me contestó en una lengua desconocida para mí.

—Naturalmente, en ruso.

—No, no era ruso lo que hablaba, y aun me atrevo á asegurar que no era tampoco ningún idioma europeo.

—¿Qué cosa más rara!

—Ni siquiera parecía un lenguaje humano. Era una especie de dulce y melancólico balido.

—¡Cielos! ¡Qué horrible pensamiento!

—¿Qué te sucede, Gedeón?

—Que tiemblo de pensar que haya acertado. Pero no, no puede ser.

—Bueno, hombre, explícate.

—¿Tú crees, Calínez, que un ministro puede disfrazarse de destrozona?

—En cuanto le dé la ocurrencia de cambiar de sexo.

—¿Y la supuesta *popa* andaba arrogantemente?

—Como una gacela.

—¿Y era grande, como de estar mucho tiempo en un sillón ministerial?

—Sí.

—¿Y de no querer soltarlo?

—Así me pareció.

—¿Y balaba? Pues era él.

—¿Pero quién es él?

—Gapony, nuestro Gapony, el hombre que tan pronto está en Gobernación, como en Agricultura, como en Gracia y Justicia; lo mismo que el otro: ya en Londres, ya en París, ya en Ginebra. ¡Qué cosas se ven en este mundo! ¡Si lo supiesen en Soria! Pero, en fin, ¿cómo terminó vuestra aventura?

—Bajamos, yo preguntándole mil cosas y la máscara sin responderme más que con tímidos y suaves balidos, hasta el Salón del Prado. En vez de dirigirse, según yo creía, hacia Recoletos, siguió Prado arriba, y una vez en la Puerta de Atocha, aprovechando momentáneo barullo, se me perdió de vista. Por más vueltas que luego di, me fué imposible hallarla de nuevo.

—Claro, la supuesta *popa* había encontrado su asiento en el flamante edificio de los Ministerios gemelos.

—No desesperando de encontrarla, he seguido durante el Carnaval á todas las destrozonas que veía, pero ¡ay! ninguna era ella. También estuve ayer en la pradera del Canal, y tampoco logré la suerte de hallarla.

—Pero viste enterrar la sardina.

—Eso sí. Por cierto que me chocó el tamaño; más que sardina, parecía un boquerón.

—¡Ay, amigo mío! Así ha quedado la situación conservadora. Fué sardina con Silvela, anchoa con Maura, y al enterrarla con Villaverde, ya no es más que un triste y menguado boquerón. En suma, Calínez, que hemos corrido los dos el gran bromazo este Carnaval último: yo vigilando la augusta persona de Villaver-

de para que no la llevaran á las Cortes, y tú siguiendo á un pope triste disfrazado de espléndida popa. ¡Sólo falta que para fin de fiestas nos elijan diputados provinciales!



Lo de la media horita

Lo de la media horita va resultando un pequeño conflicto, ocasionado por el pequeño capricho del pequeño gobernador que disfrutamos.

El hombre ha tomado en serio su papel de regenerador de las costumbres, y no hay manera de convencerle de que está haciendo un mal papel.

Porque en el fondo de toda esta cuestión de la media hora de los teatros, no hay más que esa ridícula manía de nuestro Poncio de que la gente se acueste temprano para que se levante á tiempo de cumplir con sus obligaciones. Este era el programa regenerador de Maura, y el pobre Conde se cree obligado á darle cumplimiento. Gedeón lo sabe de buena tinta; es decir, de tinta del propio Gobierno Civil de la Provincia.

Pero lo que resulta verdaderamente intolerable, es esa pretensión de Su Excelencia de cambiar de golpe y porrazo las costumbres de un país, creyéndose un moralista ó un poeta. Sabe que su actitud molesta al público, á los autores, á las empresas y á los actores, á todos, en fin, los que viven ó se preocupan del teatro, y él ¡nada!... firme en su asiento, como la roca combatida por el espumoso Océano; que decía una vez cierto elocuente médico hablando del intestino.

¡Y cada día más *Kerabán el testarudo!* Parece mentira que sea tan dura una cabeza que sólo tiene una ideal... Como concesión graciosa, ha permitido el hombre que los sábados disfrutemos de esa media horita desaparecida; y hé aquí como acaba de enseñarnos la oreja moralizadora con un gesto protector que casi resulta ofensivo para el respetable público...

Todos le combaten, y yo el primero: mas, por mi parte, quiero hacerle justicia destruyendo un cargo que se le imputa. Se dice que su respetable padre fué protector del teatro, y él es su destructor, por lo que la Sociedad de Autores piensa poner, en el salón donde se reúnen todos juntos, el retrato de aquel Sartorius, y el de éste en el salón donde se reúnen todos por separado... Pues bien, esto es injusto. El actual conde de San Luis es también un protector del Arte y de las Letras, aunque no por obra del bastón, sino milagrosamente.

Se dice que, para protestar de su conducta, los autores han decidido no estrenar... Salvo los dos ó tres estrenos en que la Musa se vistiera de gala, ¿no será beneficioso que nos quedemos sin los diez ó doce melodramas comprimidos, sin las piecitas sosas, sin los dramas y comedias insubstanciales que nos corresponden por clasificación todas las temporadas?

Y si nos cae la ganga de la huelga de autores, claro está que se acabaron las críticas correspondientes. Con las excepciones, que todos sabemos, ¿no es verdad

que la falta de esos lingotes de prosa nos proporcionará un verdadero bienestar?

Hé aquí, pues, cómo el desagradable gobernador que nos ha tocado en desgracia (no puede decirse que en suerte) va á influir, de un modo indirecto, en la cultura patria.

¡Y todo por la media horita!



CARNAVAL

Pasó el Carnaval *jocundo*, con sus risas y su guasa... Pasó... ¡porque todo pasa (menos San Luis) en el mundo!...

Contra su reinado breve, que nuestros pechos conquista, ni el más serio moralista ya á despotricar se atreve;

pues no ignora que es ingrato dárseles de compungido, porque aquí, como es sabido, la cosa es pasar el rato...

Pero según los doctores que emitieron su opinión, fué este año la animación menor que en los anteriores.

Y esto á meditar convida en los cambios de la suerte... ¿Va á triunfar el «hombre fuerte»? ¿Pasamos á «mejor vida»?

¡Sobre estas graves cuestiones, ya una interesante veo «Memoria», que el Ateneo discutirá á pescozones...!

¡Discutan...! Yo sello el labio, pues no pretendo colarme, ni tampoco disfrazarme, por dos minutos, de sabio...

Mas, con perdón de los jueces que velan por la moral, yo he hallado este Carnaval alegre, como otras veces.

Vi pintorescas carrozas y máscaras elegantes, comparsas interesantes, mucha gente y buenas mozas.

¿Y qué más puede pedirse?... ¿Ni por qué ver con horror que aún quede un poco de humor y ganas de divertirse?...

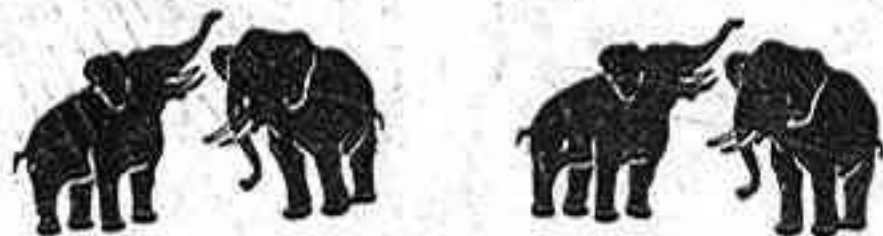
Cierta nota de cultura que me complace he notado... ¡Nadie salió disfrazado de político de «altura»!

Y es que hasta el hombre más necio sabe, sin darlas de crítico, que todo disfraz político merece cierto desprecio.

Basta con las que circulan, máscaras hechas de encargo, que van con careta á un cargo y hasta la voz disimulan.

¡Que en el Carnaval eterno que nuestra vida entristece, quien se disfraza merece los honores del Gobierno!

La broma cuesta un sentido y aún da buenos resultados... ¡Y eso que á los disfrazados ya les hemos conocido!



Desde la tribuna de Gedeón

(CARROZAS Y COCHES)

El *Hórreo*, propiedad de los hermanos Pidales. Muy práctico. Representaba un hórreo asturiano para guardar las

diferentes nóminas que cobran los aprovechados amigos, librándoles así prudentemente de la polilla de la cesantía y de algunos ratoncillos conservadores.

Iban en esta carroza el marqués de Pidal, tan fresco con sus dos presidencias, su hermano Alejandro y varios caciquillos de Asturias.

La vendimia, dirigida y encasillada por el ministro de la Gobernación. Colgaban del carro gruesos racimos de diputados provinciales repartiendo profusamente candidaturas con toda clase de combinaciones y embuchados.

Pamplina para los canarios. Carroza ideada por los Sres. Montero Ríos y Morret. Representaba un enorme morrión dividido por la mitad, y dentro iban: el marqués de la Vega, de ajo; Amós Salvador, de cosmético; Romanones, de Cupido; Aguilera, de Pepona; Groizard, Capdepón y López Domínguez, de viejos del *Fausto*, y Auñón, de gnomo. Detrás marchaba Canalejas dirigiendo la famosa murga de la unión liberal y cantando *couplets* alusivos á la próxima subida de los liberales, y tangos democráticos con letras picantes.

Gordos y frescos, de D. Raimundo Fernández Villaverde. La ocupaba muy tranquilo el presidente del Consejo, con García Alix, Ugarte y Lacierva, que á pesar de lucir flamantes trajes de ministro, no fueron conocidos por nadie.

Con verdadera locura arrojaban á la multitud pesetas delicadas, serpentinas del ya inútil proyecto del saneamiento de la moneda, *confetti* hecho con recortaduras de *España*; y por tirar, tiraron hasta las llaves de las Cortes.

La escuela del maestro Ciruela. Dirigida por Maura. Un encerado lleno de frases, y en el primer banco, Allendesalazar, Osma, Linares y Sánchez Guerra. Desde la carroza arrojaban prospectos que decían: ¡Ojo con Villaverde! ¡Desconfía de las imitaciones! ¡Exigid otra vez Maura en todas partes! ¡Va á domicilio si es necesario!

Cesta de remolachas. Preciosa carroza construída y regada con unos cuantos miles de pesetas, por el propio D. Francisco Romero Robledo. Delante de la carroza un estandarte en el que se leía «¡viva Cárdenas!», y debajo la fecha de su fallecimiento, como ministro, naturalmente.



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Como á casi todos los que escribimos gacetillas bibliográficas en los periódicos debía contratarnos Niembro para cuando hiciese falta conducir al corral á alguno de esos *pregonados* que tanto gusto dan en la dehesa y tan poco juego en la plaza, habrán ustedes visto en diferentes diarios una porción de bombos con cerro, adjudicados sin ton ni son, pero con mucho *tolón-tolón*, al libro *Manual de práctica forense*, que han dado á luz don Jorge Silvela Loring y D. Juan Barriobero Armas.

Pues, bien, señores, no hay nada de

OTRAS MÁSCARAS TRADICIONALES
QUE NO SE PRESENTAN ESTE AÑO



EL MORO CONSABIDO
QUE SE HA MARCHADO CON
LOS FRANCESES

UNA DESTROZONA

UN CHINO
A QUIEN LE ENGAÑARON
CON LA CARTERA



LA COMPARSA DE LOS LISIADOS LIBERALES

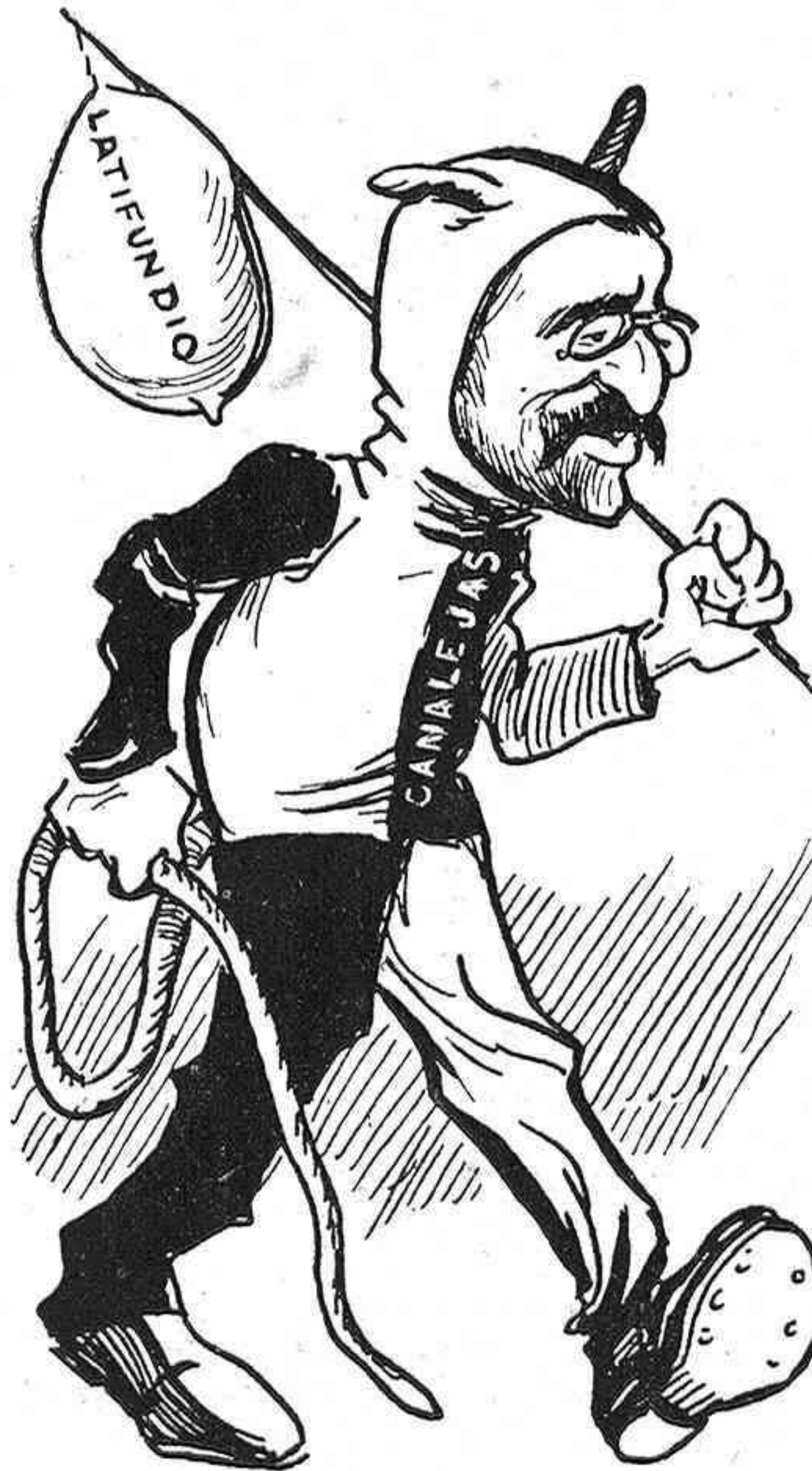
J. Gaudin

OTRAS MÁSCARAS TRADICIONALES

QUE NO SE PRESENTAN ESTE AÑO



EL HOMBRE DE LOS ZANCOS



UN POBRE DIABLO



UNA SEÑORA ANTIGUA



LA CUADRILLA DE BANDIDOS DE JOSÉ MARÍA, TODOS GENTE CONOCIDÍSIMA

lo dicho. El *Manual de práctica forense* es un libro gordo, basto, que pesa cerca de un kilogramo, que cuesta dos duros y que no vale un pito, como puede comprenderse desde luego, y con toda franqueza viene á declararlo el prologuista Sr. Montejo y Rica, que, si no estamos trascordados, ha pertenecido ya á todas las fracciones políticas turnantes en el Poder, sin que á pesar de sus repetidos esfuerzos haya habido Gobierno capaz de ofrecerle una cartera de las de cabra triste.

Por cierto que este Sr. Montejo y Rica, si tampoco estamos en esto trascordados (que de fijo no lo estamos), era en nuestro tiempo y, según parece, sigue siendo el *refugium peccatorum* ó remediavagos para todos los malos estudiantes de Derecho procesal.

Nosotros hemos sido estudiantes, aunque no se nos conozca, como le sucede á Lacierva, y recordamos perfectamente aquella terrible interrogación de los alumnos de Procedimientos:

—¿Te ha tocado con Torres Aguilar?...

Y, ya se sabía, al que *le había tocado con Torres Aguilar*, que es un señor bastante sabio, pero muy chinche, dicho sea con el respeto debido á las chinches y á los sabios, podía *bajar el alquila*: ya estaba aviado.

En cambio, al que *le tocaba con Montejo* se le ofrecía el porvenir más risueño de holganza y comodidad. ¡Qué excelente persona el Sr. Montejo y Rica! A nosotros nos aprobó sin preguntarnos más que la diferencia entre testigos instrumentales... y los otros, que ni entonces ni ahora sabíamos ni sabemos cómo se llaman: vocales se llamarán. Es un suponer. Pero dejando aparte al simpático señor Montejo y Rica y su bonachonería proverbial; ¡figúrense ustedes si el libro de D. Jorge Silvela y de su colega será malo, que hasta un hombre tan benigno é indulgente se ve forzado á declararlo así desde las primeras palabras del prólogo!

¿Cómo?

Nada más sencillo.

«Por numerosos libros y formularios prácticos que consulte—dice con encantadora sencillez al comenzar su prefación el Sr. Montejo,—ningún abogado que no ejerza mucho la profesión logrará la facilidad que distingue al verdaderamente práctico, porque, en definitiva, para adquirirla hay que despachar multitud de asuntos...» etc., etc.

A tan razonable y atinada observación, nosotros no tenemos que añadir sino que el Sr. D. Jorge Silvela, hijo del ex hombre ex político y jefe y *factotum* del huerto del Francés D. Paco Silvela, es un adolescente que, según noticias, apenas tiene pelo de barba y lleva poco más de un año ejerciendo la profesión.

Claro está que en un año habrá visto bastantes asuntos, aunque no tantos como los sobrinos y parientes del Sr. Maura mientras éste ejerce la Presidencia del Consejo, y como el propio Sr. Maura en cuanto sale del Poder y se lanza con mayor ímpetu sobre las minutas.

Pero el mismo Sr. Montejo y Rica reconocerá que un año de ejercicio de la carrera, á un joven de veintiuno ó veintidós años, por muy Silvela que sea y mucha sangre florentina que haya heredado,

no le da la suficiente maestría para componer un *Manual de práctica forense* y pedir por cada ejemplar cuarenta reales en Madrid y cuarenta y dos en provincias. Muy listo sí que será D. Jorge, ó D. Jorgito (suponemos que le llamarán como á su tío el conocido Sr. Loring); pero, francamente... práctica, lo que se dice práctica, no creemos, no puede creer nadie que tenga la suficiente para aleccionar y escribir *manuales inmanuales* como el que nos ocupa. Nosotros no quisiéramos molestar á tan distinguido y pingüe joven, de quien nos han dicho que ya cobra alguno ó algunos sueldos de consideración y que es tan aficionado como su señor padre á las buenas Compañías, pero casi casi estábamos por sospechar que, preguntándole así de repente, puede que le pasase como á nosotros respecto de los testigos no instrumentales.

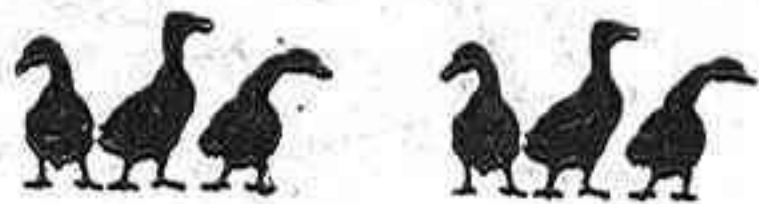
—Pero—se dirá—D. Jorgito Silvela habrá puesto en el libro la teoría; la práctica debe de ser cosa de su colaborador D. Juan Barriobero.

¡Quiá! ¡Si el Sr. Barriobero es otro pollito de poca más edad que el Sr. Silvela, con un bigotito muy endeble y una chistera y una corbata tan extremadamente irreprochables, que parecen pertenecer á la compañía Mendoza-Guerrero, donde todo el mundo está muy bien de ropa y hay de todo: gabanes de pieles, *keepshakes*, *macferlands*, *raglands*, y sólo se nota la falta de Talmás ó de algo que se le parezca, siquiera sea remotamente!

De modo que entre estos dos juvenuelos, ¿qué podrán decir de práctica forense? Una de dos: ó el libro ese se lo han hecho sus papás respectivos, ó es muy malo. Así lo sospechamos con bastante fundamento.

En cuanto á la literatura de los señores Silvela y Barriobero, no hay que decir sino que ambos jóvenes manusciben muy mal, detestablemente. En la primera página se ve claro que estos señores ignoran el significado de la palabra *objeto*; en la segunda, hablan de *lirismos*, sin saber lo que eso es, y así sucesivamente.

Total, que si el Sr. Torres Aguilar coge á estos dos tratadistas de Procedimientos, ¡menudo *cate!*...



Gedeón, moreno

El señor Ramos Carrión y el señor Ramos Martín, una colaboración emprendieron con buen fin; y sin temor á una grita, los dos, como un hombre solo, han hecho una piececita que estrenaron en Apolo.

¿Cómo un autor veterano fué tan bueno y complaciente que quiso darle la mano á un escritor incipiente?

Pues porque Ramos Martín, que se ganó una ovación, es un hijo chiquitín del propio Ramos Carrión.

Yo, aunque á muchos no les cuadre, con este rasgo transijo que enaltece á Ramos, padre, protector de Ramos, hijo; y si ellos tienen asuntos para trabajar sin tasa,

mejor es que escriban juntos, pues todo se queda en casa.

No esperéis ahora que estalle en aplausos con largueza, celebrando el *Pasacalle*, que así se llama la pieza.

Porque, hablando con verdad, cosa que á nadie le enoja, tiene poca novedad, y es... vamos... bastante floja.

Esto se dijo en la sala cuando apareció en la escena... Para Ramos, padre, mala; para Ramos, hijo, buena.

Yo no quiero que taladre mi juicio seco y prolijo... ¡Que un padre siempre es un padre, y un hijo siempre es un hijo...!

(Y ahora observo que á mi pluma, para anegarla en su luz, vienen los ripios que suma mi amigo Jackson Capuz.)

¿Voy á darle al uno un palo y al otro un bombo mayor...? Si al padre censuro, ¡malo! si aplaudo al chico, ¡peor!

Me guardo, pues, la censura y el aplauso prometido, y celebro la ternura que el caso nos ha ofrecido.

Es un caso que en el Arte no ocurre todos los días... ¡Ver á un padre que comparte de un hijo las alegrías!

¡Ver á entrambos de la mano saludar, pasado el susto!... Yo, con el juez soberano, lo vi con bastante gusto.

Y hasta un crítico que moja su pluma en hiel del Averno, gritaba: «La pieza es floja; pero este caso ¡es tan tierno!...

Cierto que en literatura este elemento es extraño, porque, á veces, la ternura puede ocasionar un daño; mas hoy se lleva bastante, y á su santo beneficio va resultando laxante nuestra crítica de oficio.

Se estrena un disparatón de autor pasado, aunque eterno, y le hacen una ovación, porque, ¡caramba! ¡es tan tierno!...

Un músico, en su vejez, nos larga una partitura... «¡Bravo! ¡Que salga otra vez!» Otro caso de ternura.

Y aquel otro autor recibe nuestra alabanza excesiva no por bueno, ¡porque escribe para que su gente viva!...

¡Cuánta ternura reparte nuesro aplauso sempiterno!... Y así resulta que en Arte ¡va estando todo tan tierno!

¡Vaya en gracia!... Hoy, Gedeón, con ternura y con buen fin, aplaude á Ramos Carrión y aplaude á Ramos Martín.



...Y armas al hombro

Cómo nos hemos divertido estos Carnavales!

Madrid está visto que eternamente ha de ser la casa de huéspedes tradicional, aquella en que los pupilos decían:—Comemos muy mal, hay muchas chinches, las camas son detestables, la casa está muy sucia... pero lo que es reirnos, nos reímos las tripas.

Si se ha de decir la verdad, ya que,

por lo visto, a nosotros nos toca esta desagradable misión, bueno y justo será declarar que ni se ha divertido nadie que no fuese irremisiblemente tonto, ni el Carnaval de Madrid pasa de una mamarachada cursi y del gusto más deplorable; pero ¡cualquiera le quita de la cabeza á un señor ó señora que han ido tres tardes de pie en un camión con las suyas (sus cabezas, ¿eh?) metidas en un armatoste que tenía cierta remotísima semejanza con un huevo, con un pepino ó con una coliflor, la idea de que estaban haciendo algo muy espiritual y ático, y contribuyendo á la cultura del vulgo!

—Esto de las carrozas—opina nuestro insípido amigo Lupitínez—es un gran adelanto.

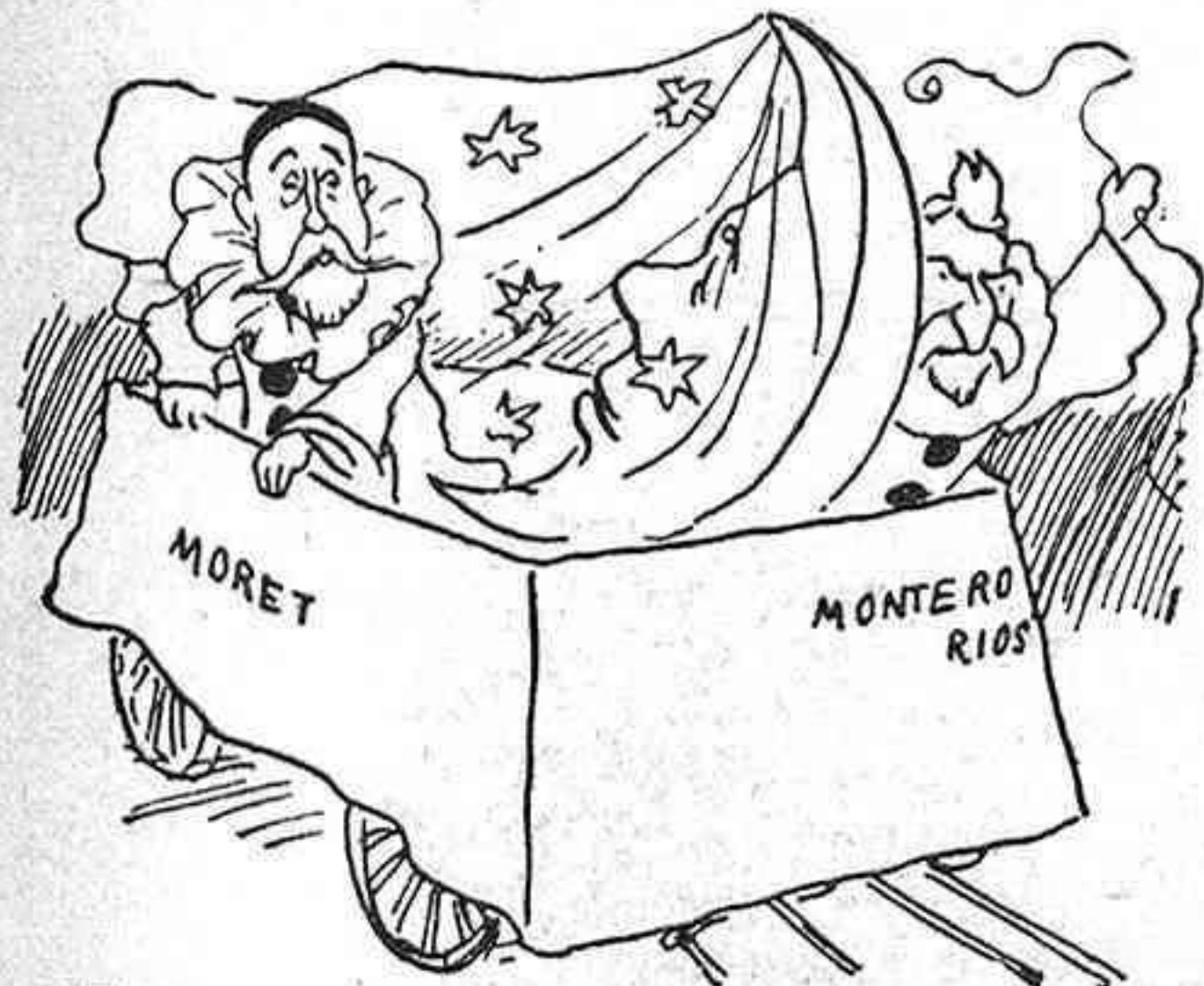
Convendrá, pues, dejar á Lupitínez y á sus congéneres en tan agradable error, y hacer un breve resumen de nuestras impresiones.

La carroza que á nosotros más nos ha chocado, ha sido la titulada *Au clair de la lune*.

Aquí todos somos tan pillines, que no sabemos de memoria el *couplet*, por haberlo oído en el Salón Romea ó en el de Actualidades:

*Au clair de la lune;
mon ami Pierrot,
prête moi ta plume
pour écrire un mot.*

Y naturalmente, hemos comprendido que los dos *pierrots* de la canción suplicante, que han escrito ya, no un *mot*, sino dos manifiestos ó memoriales, eran nuestros *pierrotescos* amigos D. Segismundo y don Eugenio.



Y tras ellos veíamos el coro de los *pierrots* liberales gritando hacia Oriente, traspillados de apetito y de frío:

*Ma chandelle est morte,
je n'ai pas de feu:
ouvre moi ta porte, etc.*

Antiguamente, para expresar esto mismo, empleaban el también anciano estribillo:

*Abra usted la puerta,
señora portera...*

Ahora, no es oportuno dirigirse en esta forma... y de todos modos, la luna para los pobres *pierrots* sigue siendo una luna oriental.

La luna de Valencia.

También ha gustado mucho otra carroza alegórica.

Un nido de candidas palomas, en las cuales no era difícil reconocer á los ministros villaverdistas que tienen el mal gusto de disfrutarnos.

Los propios interesados iban tan contentos con sus cabecitas de pichón.

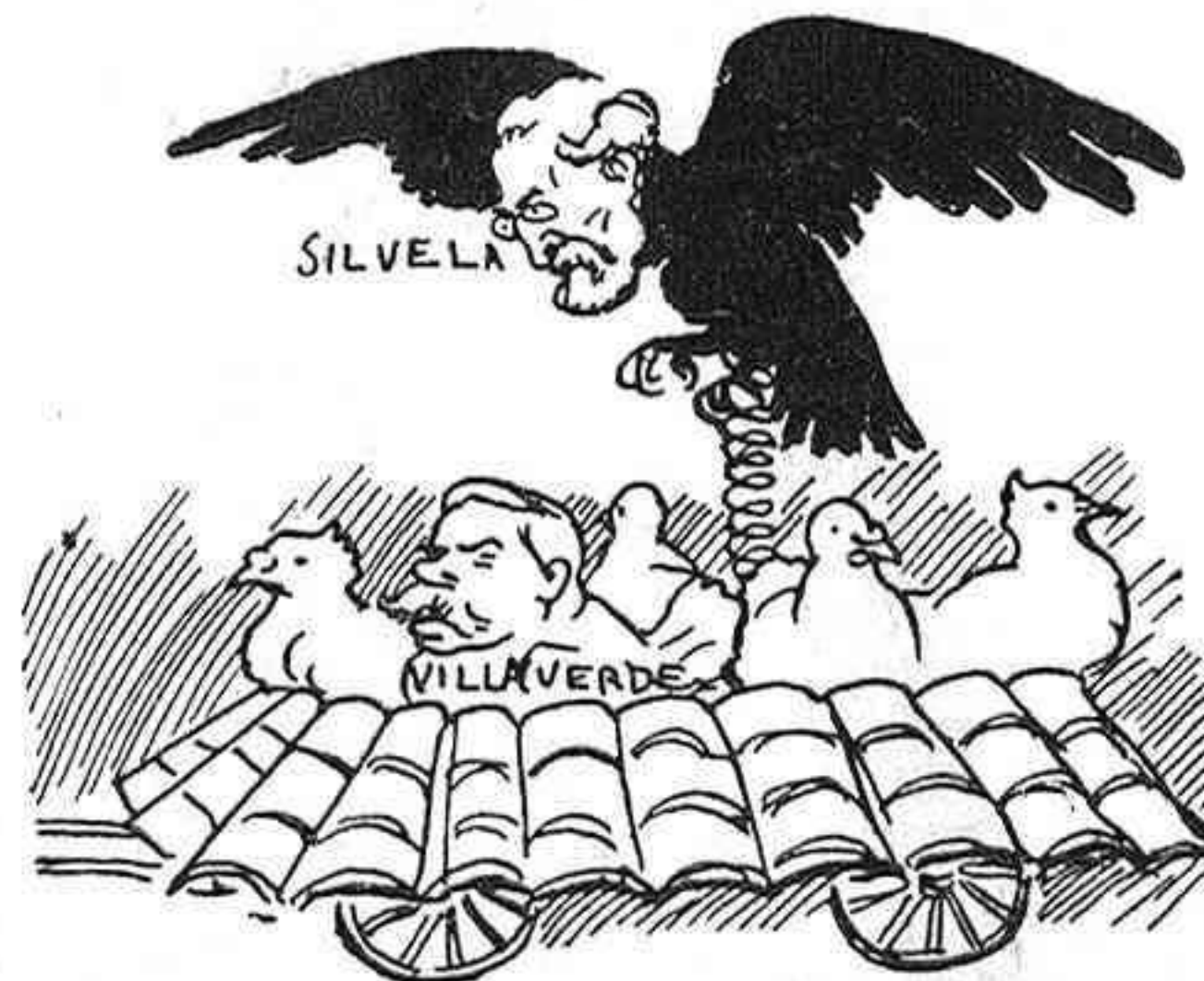
No se les conocía como palomas, pero

en eso estaba la gracia, porque tampoco se les conoce como ministros.

El único que, según notaba todo el mundo, resultaba un pichón muy pichón, era, naturalmente, el palomo padre: el presidente D. Raimundo.

—¡Pichón!—le gritaban al pasar algunas jamonas conspicuas, cayéndoseles la venerable baba.

Mas lo que no veían D. Raimundo ni sus palomos era un detalle terrible.



Al pasar la carroza por la calle de Lista, fué á posarse en ella un feroz gavilán procedente del huerto del Francés.

Miraba á las palomas con ojos voraces, florentinos.

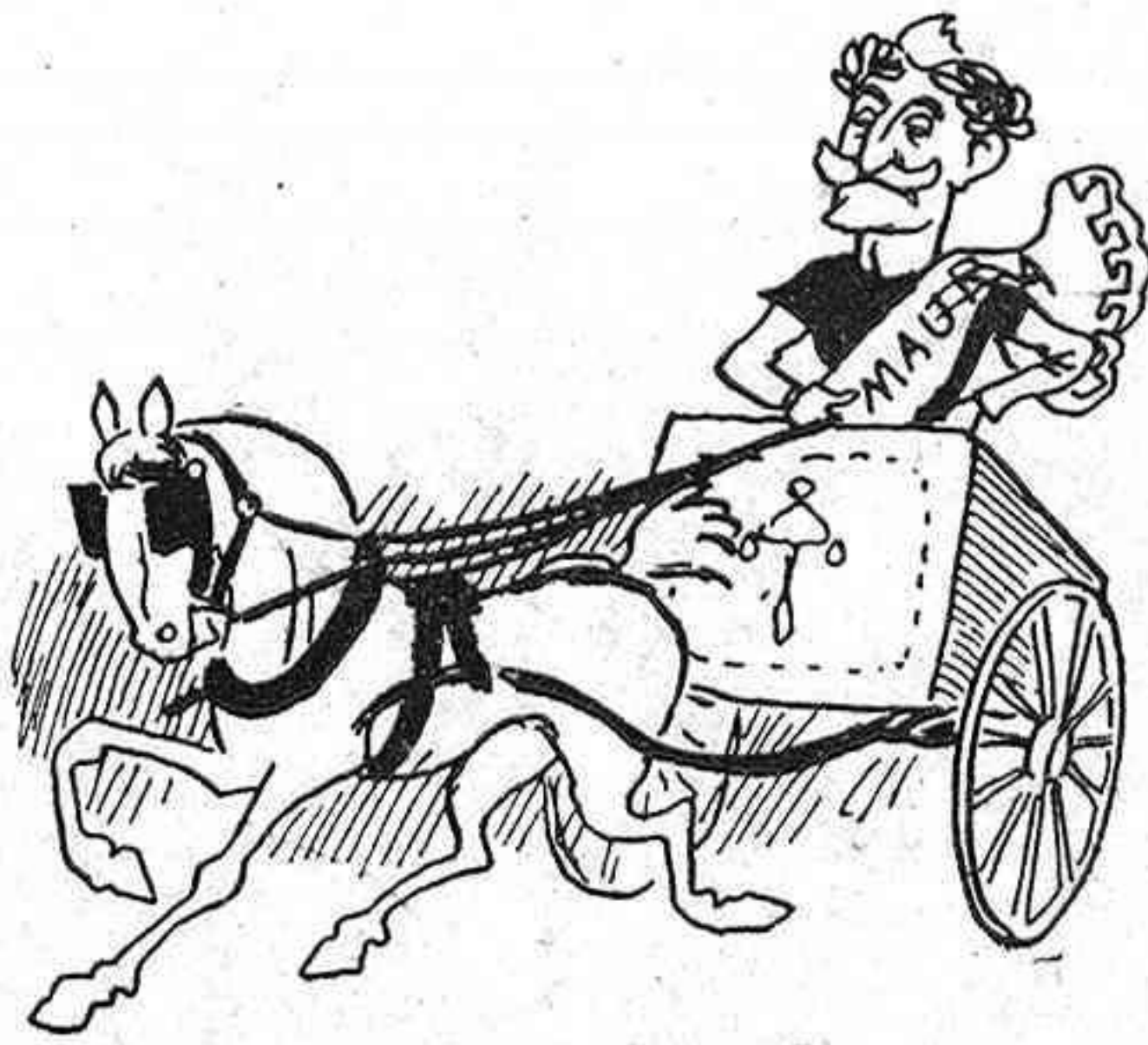
Era el conocido gavilán D. Paco Silvela.

Que, por cierto, no está ahora ensayándose en la caza de palomas.

Ya han caído algunas, ¿eh, D. Paco?

No lejos de las palomas caminaba Nerón, nada menos.

Ya saben ustedes de quién hablamos: del ex hombre indispensable D. ex Antonio ex Maura.



Iba en un carro romano, que, ¡oh maravilla! no era una biga ni una cuadriga. Nada de eso; era un carrito con un solo caballo.

Este anacronismo nos pareció altamente significativo.

Maura es un Nerón á la limonera. Se le oye detonar, sacar la caja de los truenos, y parece un Nerón efectivo.

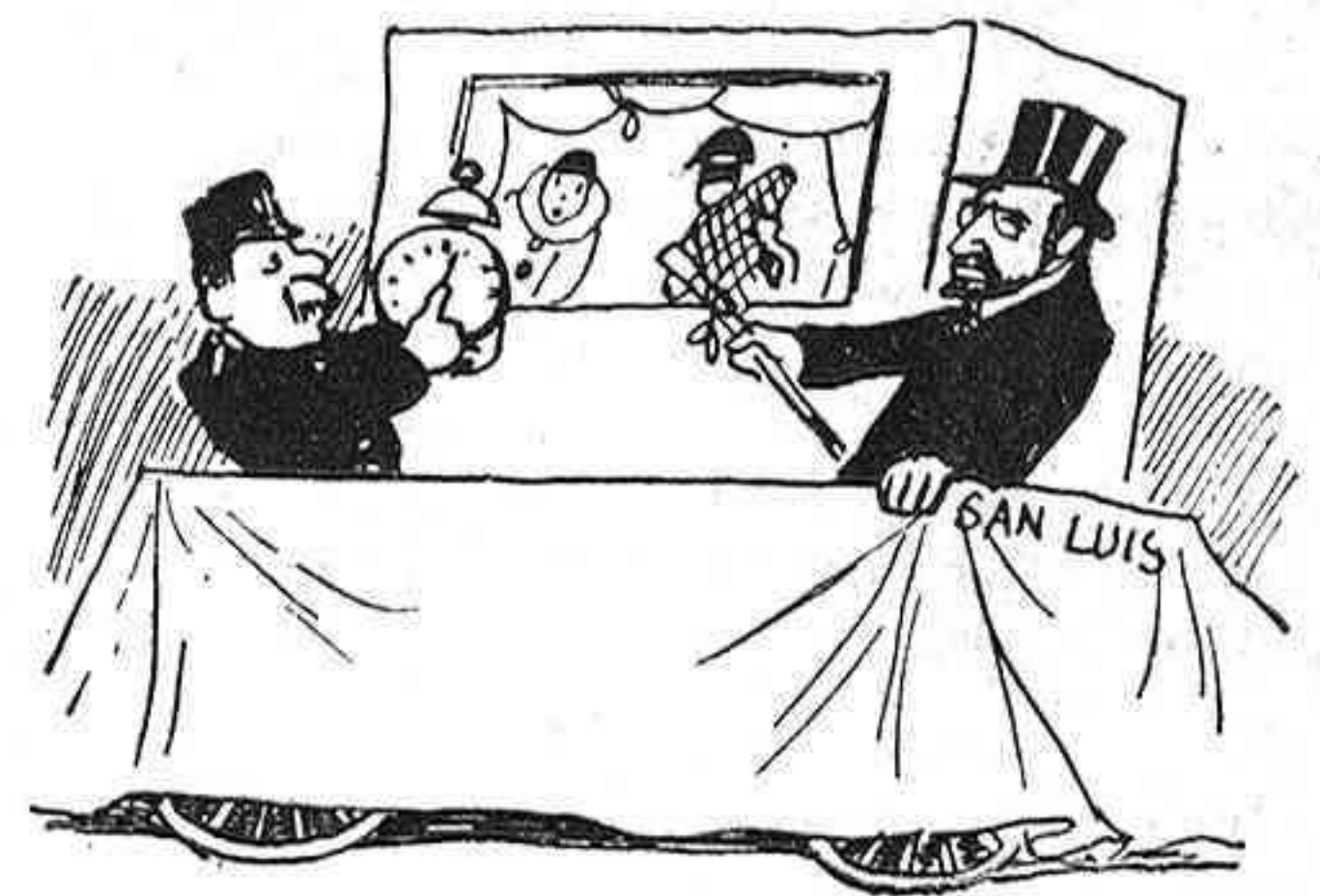
Pero luego, fijándose bien, se ve que la cara es una careta, el pelo una peluca, el carro un *tilbury* ó un *buggy* baratito, y los soñados cuatro caballos de la cuadriga un modesto jaco de alquiler.

Más allá aparecía una carroza con el título de *La alegría que pasa*.

No era menester indagar mucho para caer en la cuenta del sentido figurado de la tal carroza, y se veía todo claro.

La cosa era una representación del con-

flicto, ó lo que sea, entre los teatros y el celosísimo gobernador conde de San Luis.



To Xandru

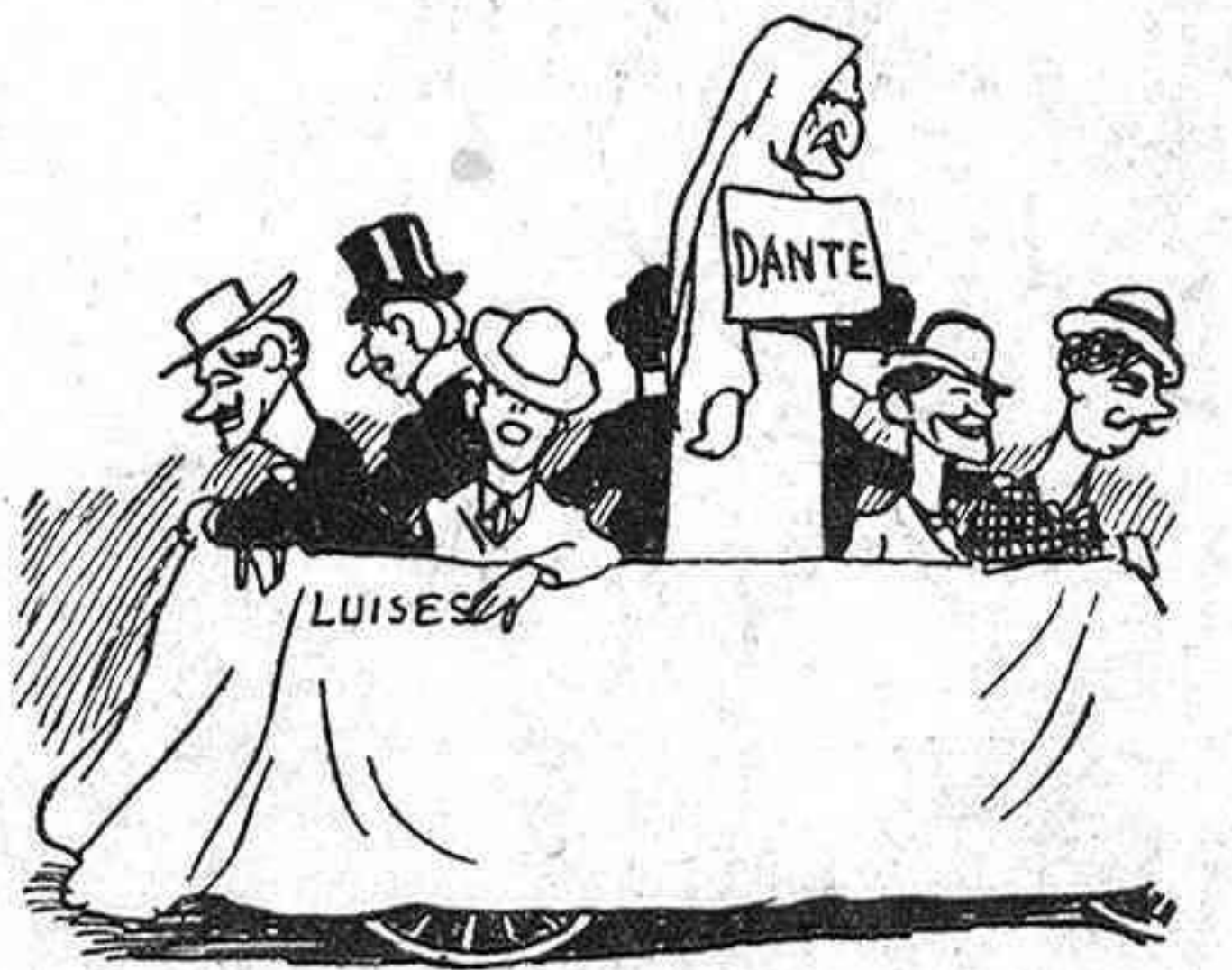
¡Clarol estaban dando las once y media, y el gobernador mandaba que *pasase la alegría*, porque aquí lo importante es acostarse á las once, después de maltratar á la Gramática todo lo posible.

¡Ay, Sr. Conde! Comprendemos perfectamente que á V. E. le guste recogerse temprano: pero no todos estamos en el mismo caso.

Y ¡qué diantre! eso de que para la poquita alegría que tiene uno, haya de abandonarla á las once y media, es, por lo menos, eminentemente carnavalesco.

Pero no todo el año es Carnaval, ni todo Madrid es una carroza.

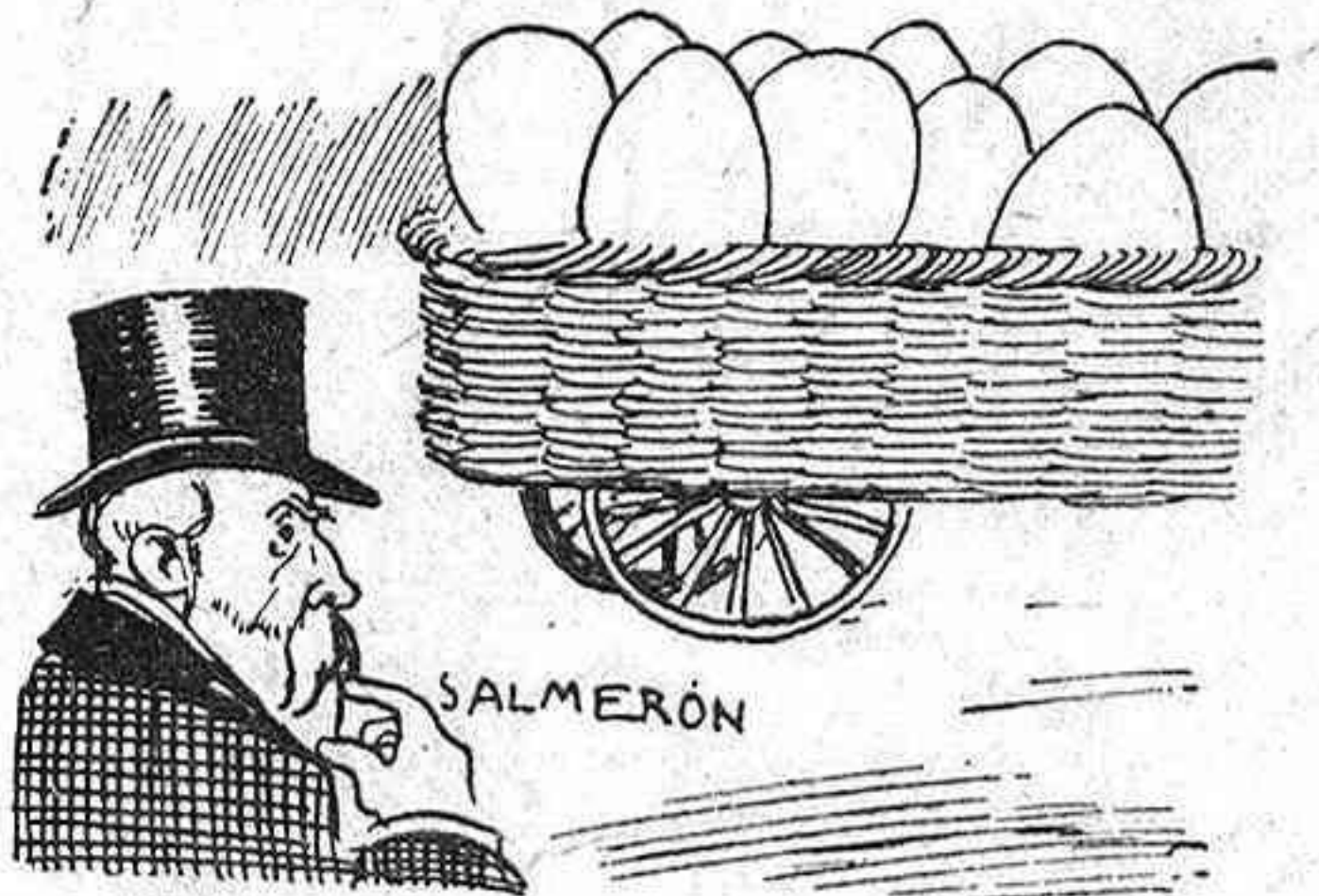
Un sujeto que había tenido la mala ocurrencia de vestirse un disfraz de Dante, se vió asaltado por numerosa turba de jóvenes que le perseguían y le acosaban.



Eran... el coro de vírgenes de la mayoría maurista.

Vieron un Dante, y todos se sintieron Petrarcas.

Por fin, hubo una carroza que figuraba una cesta de huevos.



—¿Qué partido político representará esto?—pensamos.

Y no supimos hallar la respuesta.

Tampoco lo supo algún prohombre republicano, que vió lo... atributos y se quedó contemplándolos con una melancolía reconcentrada...



LAS ÚLTIMAS MÁSCARAS TRADICIONALES

EL HOMBRE DEL HIGUÍ DE LA MEDIA HORA

SAN LUIS.—¡AL HIGUÍ, AL HIGUÍ! LOS DOMINGOS, LOS LUNES, LOS MARTES, LOS MIÉRCOLES, LOS JUEVES, LOS VIERNES, NO; LOS SÁBADOS, SÍ